

escribir fuertemente al Papa en favor del acusado. Pedían que á lo menos fuese juzgado el negocio en Alemania, é hicieron tales instancias, que el Papa consintió en ello, pero con la condicion de que se trataria en Suabia donde Lutero habia de comparecer ante el legado que se hallaba en Augsbourgo. Pretendia el elector que los eclesiásticos de Alemania no podian ser citados fuera de sus paises, y que sus causas debian juzgarse en sus propios lugares. La universidad añadia, que Lutero nada habia proferido contrario á la doctrina de la Iglesia: que solo podia reprendérsele el haber soltado en el calor de la disputa algunas proposiciones algo atrevidas, y que ni aun habia dado jamás por decisiones, puesto que solo podia escuchar y seguir la voz de la Iglesia.

7. Aunque el juez, sacado de la órden de Santo Domingo, no fue agradable á Lutero, no le recusó: el duque Federico mandó que compareciese en este tribunal, y Lutero se dirigió en efecto á Augsbourgo, habiendo antes pedido y obtenido del Emperador un salvoconducto. El legado le recibió con mucha bondad, sin querer no obstante entrar en disputa, lo que no convenia en efecto ni á su dignidad de cardenal, ni á su oficio de juez. Despues de haberle representado las funestas consecuencias que podia tener este negocio, y traído á su memoria sus protestaciones de docilidad y respeto á la Iglesia, le dijo en dos palabras que era necesario revocar los errores contenidos en sus escritos, y prometer que no los sostendria mas. Lutero respondió que no creía haber enseñado errores, y que

le rogaba señalase algunos en la doctrina que habia publicado. El legado le manifestó dos principales, el primero negar que los méritos infinitos de Jesucristo sean el tesoro de las indulgencias, y el otro que para volver á la gracia de Dios, basta creer como de fe que todos nuestros pecados nos son perdonados. Lutero, cuyo objeto no era seguramente el de instruirse, dijo que en esto nada habia asentado que no fuese conforme á las santas Escrituras; pero el cardenal firme en alejar la discusion, no cesó de estrecharle á que se retractase, le amenazó con censuras eclesiásticas, y le prohibió volver á ponerse en su presencia si no obedecia. Entonces el novador acordándose de la suerte de sus precursores Juan Hus y Gerónimo de Praga, no pensó mas que en retirarse de Augsbourgo. Aprovechándose del primer momento favorable, partió sin despedirse de nadie, despues de haber hecho fijar un acto de apelacion del Papa mal informado, y refiriéndose en todo cuanto habia escrito ó predicado al sentimiento de las universidades de Basilea, de Friburgo y Lovaina, y sobre todo á la de Paris, á la que llamaba la antorcha y madre de todas las ciencias. Esta escuela distinguida no tardó en reconocer el caudal que debe hacerse de estos elógios de los sectarios. Lutero escribió además al legado, escusándose de su partida oculta, y aun de haberle hablado con un modo poco respetuoso; pero al propio tiempo escribió á otras partes, y hasta Roma al mismo Papa, quejándose de la dureza y tiranía insupportable: tales son los términos, con que este cardenal

queria obligarle á confesar errores, sin hacerle ver en qué habia errado.

Tal fue la crisis, despues de la cual este espíritu enfermo y lánguido en la fe, la perdió enteramente, sin que en adelante se mostrase capaz de remedio. Caminó de estravíos en estravíos, de excesos en excesos: no trabajó en mas que en fabricar nuevos errores, en arruinar la autoridad del Papa, de los concilios, de los santos padres y de toda la tradicion, hasta no reconocer en fin por juez mas que la palabra de Dios; bastante luminosa por sí misma decia, y que los Papas solo procuran corromperla á fin de establecer sobre el sentido falso que le dan su dominacion tiránica. Se ha vituperado la conducta del cardenal Cayetano, y diferentes censores le acusan de dureza, ó á lo menos de sequedad con Lutero. Habria podido, dicen, sofocar el luteranismo en su nacimiento, y prevenir las consecuencias eternamente deplorables, ateniéndose á la profesion que hacia Lutero de someterse al juicio de la iglesia romana. Trasladadas luego al Pontífice las razones que proponia el novador en defensa de sus aserciones, se habria sin embargo impuesto silencio á los dos partidos, como él mismo lo pedia, hasta que el Papa hubiese terminado la diferencia por una sentencia definitiva. Reconociendo el elector de Sajonia, la universidad de Witemberg y toda Alemania la autoridad de la Cabeza de la Iglesia, Lutero, que protestaba tan solemnemente reconocerla tambien, no habria podido dispensarse de someterse á ella, pues de otra suerte hubiera sido abandonado

de todos como un seductor y un impostor. Así raciocinan estos observadores tardíos y vanos, que ven todos los males cuando ya son irreparables. No hay hombre alguno constituido en ministerio que no sea culpable, á lo menos de imprudencia, en su tribunal, sobre todo cuando se trata de defender la Religion. ¿No es, por el contrario, mucho mas verosímil, que de cualquiera manera que se hubiese procedido con el seductor de la Germania, nada habria contenido su temeridad indómita? El carácter de los hombres es casi únicamente el que determina esta suerte de acontecimientos: la suerte está echada, por decirlo así, luego que nacen perturbadores de cierta casta. ¡Desgraciados los lugares y tiempos, en que el cielo los permite para que se cumpla el oráculo evangélico sobre la necesidad del escándalo!

El cardenal Cayetano, temiendo con razon comprometerse, no dió respuesta alguna á la carta de Lutero; pero envió á decir al duque de Sajonia lo que acababa de pasar en Augsbourgo, la evasion clandestina de Lutero, sus aserciones evidentemente contrarias á la fe, su obstinacion en sostenerlas, sus falsas apariencias de docilidad y la infraccion de todas sus promesas (1). Le advirtió en fin, que se iba á proseguir este negocio en Roma, y le instó á que pusiese á este herege en sus manos, ó á lo menos le arrojasen de sus estados. Lutero habia prevenido estos pasos al salir de Augsbourgo, y escribió al duque que se habia pretendido sojuzgarle y no dirigirle: que él no

(1) *Epist. Luth. ad Frid. t. 11.*

pedia mas que ser desengañado si vivia en el error; pero que mientras no se trabajase en convencerle junto con tantos sábios que pensaban como él, la corte de Roma solo ofreceria al mundo cristiano una nueva prueba del despotismo que se arrogaba. Tenia al mismo tiempo cerca de este Príncipe dos patronos poderosos; á saber: el vicario general de los agustinos Juan Staupicio, hombre intrigante y sutil, y Jorge Spalatino, secretario de Federico, cuya ciega probidad dirigia él á su arbitrio. El elector respondió al legado, y antes de enviar su carta se la enseñó á Lutero que llegó de Augsbourgo á Sajonia en estas circunstancias (1). Decia en ella que era cosa injusta calificar á nadie de herege, sin haberle convencido de heregía; que no habia enyado su súbdito á Augsbourgo para que únicamente se le oprimiese, y para que se le forzase á retractarse antes del juicio, y aun del mismo exámen de la causa: que hombres muy hábiles de muchas universidades no creían ser su doctrina impia ni herética, aunque no favoreciese las máximas de sus perseguidores: en fin, que por estas pretensiones de una autoridad arbitraria, no privaria á sus estados y á su universidad de un hombre que le era apreciable por los dos títulos de vasallo suyo natural, y de un profesor de los mas idóneos para hacer florecer las ciencias que se creía obligado á proteger. Así el elector, bien lejos de desterrar á Lutero ó de enviarle á Roma, tomó en su favor aquel grado de interés, que no solo le precipitó en el cisma y heregía,

(1) *Epist. Frider. ad Coy. ibid.*

sino que contribuyó infinitamente á la perversion de toda la Alemania.

El heresiarca viéndose apoyado, y previendo sin embargo su condenacion en Roma, donde el legado escribia al elector que iba á juzgarse esta causa, no obstante su apelacion al Papa y todas sus protestaciones de sumision á la autoridad pontificia, produjo un acto nuevo, en que afirmando que el Papa Leon no era mas infalible que San Pedro que fue reprendido por San Pablo, apelaba de todo lo que Roma pudiese hacer contra él al concilio general, que es superior al Papa.

8. La muerte del Emperador Maximiliano que aconteció algun tiempo despues el dia 12 del año 1519, facilitó mucho las maniobras del heresiarca. Este Príncipe conocido especialmente por su carácter lleno de contradiccion, laborioso y negligente, obstinado y fácil, emprendedor é irresoluto, el mas avaro y el mas pródigo de los hombres: Maxiliano tenia no obstante una adhesion incontrastable á la fe de sus padres, y mucho celo por el honor de la Sede apostólica. El momento en que faltó fue tanto mas funesto á la Religion, quanto el gran protector de Lutero, vicario nato del imperio como elector de Sajonia, quedaba hecho árbitro del gobierno germánico. Esta circunstancia fue la que sirvió principalmente para fortificar el partido del novador, y estenderle tan rápidamente. Bien pronto se habló de él en todos los paises de Alemania como de un apóstol suscitado por Dios para remediar los abusos que infestaban la Iglesia,

y para restablecer á los fieles en la pureza y santa libertad del Evangelio. Esto le hizo tan orgulloso, que apenas quiso dar oídos al nuncio Milticio, noble sajón, comisionado del Papa, cuyo camarero era, para presentar por honor la rosa de oro al duque Federico, y suplicarle negase su protección á un herege declarado. No solo perseveró el duque en una adhesión tan poco razonable, sino que recibió el presente del Papa con una indiferencia que llegó hasta el desprecio (1). Este devoto de secta, que no siempre habia observado la pureza del Evangelio, conservaba un secreto rencor contra el Papa Leon, por no haber concedido á un hijo natural suyo las bulas gratuitas para un beneficio.

9. En cuanto á la conferencia del nuncio y de Lutero, Milticio tomando en ella un medio enteramente contrario al del cardenal Cayetano, hizo conocer que un exceso jamás se enmienda con el exceso contrario, y que el espíritu orgulloso de los hereges es mas difícil de ganar por la lisonja que por la firmeza y por el rigor mismo. Le alabó con bajeza, y le trató de un modo enteramente indigno de su carácter, pues llegó al extremo de sacrificar á la soberbia de Lutero al dominicano Tetzel, que tenia á lo menos el mérito de haber sido el primero en combatir al heresiarca. Reprendiendo á este religioso los abusos y disturbios que habia ocasionado, le habló en términos tan ásperos y aun injuriosos, que le abismó en una tristeza que le causó la muerte, moviendo á compasión al

(1) *Pallavic. t. 1. c. 13.*

mismo Lutero. El nuncio no adelantó paso alguno sin duda con esta política inhumana: todo lo que pudo ganar se redujo á que Lutero escribiese al Papa una carta de sumisión, ó por mejor decir de atención, en la que despues de exaltar la potestad pontificia haciéndola superior á todas las cosas, menos á Dios, concluía declarando en términos formales que jamás se retractaria. Empeñó además de esto el nuncio al capítulo general de los agustinos de Alemania, que se celebraba entonces en Sajonia, á que solicitase que este fraile seducido volviese al seno de la Iglesia, y este medio de súplica y de deferencia solo sirvió para persuadirle que le temian. De aquí resultó una segunda carta al Papa tratándole como á su igual, y casi como á inferior, queriendo buenamente concederle la paz, con la condicion de que no le hablase mas de retractar cosa alguna de cuanto habia profesado ó escrito, ni de reconocer otra autoridad que la palabra de Dios, que nos ha dejado, decia, una libertad perfecta, contra la cual solo puede atentar la tiranía.

10. El imperio vacante tenia por competidores á los Reyes de Francia y de España, que no se ocultaban uno á otro sus pretensiones opuestas, y que los promovieron con una nobleza de sentimientos, ó á la menos de conducta, cual podia desearse antes de la decision. Francisco I, con la probidad y franqueza que le eran naturales, comunicó su designio á Carlos V, su concurrente: le representó que aspirando los dos á un cetro poseido en diversos tiempos por sus

predecesores respectivos, y administrado por unos y otros para bien de los pueblos, no debian sus hijos ascender á él con otros fines: que una concurrencia permitida no debia injuriar á uno ni á otro, ni debilitar los vínculos de amistad que los unia. En la situacion peligrosa en que se hallaba la Alemania, agitada en lo interior por las facciones, y amenazada por fuera de los turcos, Francisco tenia muchas cosas que abogaban en su favor: tales eran su valor y sucesos militares, su buena fortuna y la conducta prudente que habia tenido hasta entonces; pero estas mismas consideraciones fueron las que dieron lugar á las mas fuertes oposiciones. Temieron que llegase á ser demasiado poderoso, y que subyugase la Alemania. Carlos por el contrario, Príncipe jóven de veinte años, naturalmente sério y disimulado, pasaba entonces por un talento mediano, poco valiente, y por consiguiente mucho menos temible: tenia además la ventaja de ser de estirpe alemana, y de poseer estados en la baja Alemania. Sin embargo, Leon X, que no dejaba de mezclarse en los negocios de primer orden, se esforzaba á separar del imperio á estos dos grandes competidores, temiendo que su poder absorbiese el suyo y trastornase la Italia, en donde Carlos poseía el reino de Nápoles, y Francisco el ducado de Milán.

La corona imperial, segun Erasmo (1), fue ofrecida por todos los demás electores al duque Federico de Sajonia; y este Príncipe, no obstante su inclinacion á la heregía, generosamente no la admitió, y

(1) *Erasm. 13. Epist. 4.*

propuso al Rey de España, como el mas propio para ceñirla gloriosamente. Carlos V fue en efecto electo Emperador en Francfort, en 28 de Junio de 1519, y coronado en Aquisgran en 23 de Octubre del año siguiente. En reconocimiento hizo presentar á Federico treinta mil florines de oro, y este Príncipe tuvo tambien la generosidad de no admitirlos. Y habiéndole suplicado que permitiese á lo menos distribuir diez mil á su familia, respondió que eran dueños de recibirlos, pero que los que tomasen un solo florin, no estarian el dia siguiente en su servicio. Apenas hubo dado esta respuesta, partió inmediatamente para evitar que se le importunase mas. Tales son en el protector de Lutero las cualidades recomendables, á las que hacemos gustosamente justicia, aunque logró torcerlas el reformador hipócrita.

II. Los grandes y los sábios cayeron igualmente en este lazo. Entre los últimos, Felipe Melancton fue la primera víctima de la sorpresa, y persistió en la ilusion con la mayor constancia, á pesar de todas sus perplejidades y remordimientos. Este jóven, nacido en 1497 en el palatinado del Rhin, y recientemente llamado por el duque Federico para enseñar el griego en Witemberg, era suave, moderado, grande humanista, y muy aplicado al estudio de las lenguas doctas: estaba poco versado en las antigüedades eclesiásticas y en la sólida teología; pero inclinado, sin embargo, á profundizar en las especulaciones abstractas de la Religion, era atormentado desde algun tiempo antes por las contrariedades aparentes que habia

hallado en la lectura superficial de los santos padres. En tiempo de Melanchton, muchos obreros no predicaban mas que indulgencias, peregrinaciones, limosnas hechas á los monasterios, y otros egercicios fructuosos para aquellos ministros interesados, que parece reducian toda la religion únicamente á su práctica. Lutero por el contrario lo atribuía todo á Jesucristo, como es justo, pero no segun la doctrina de la Iglesia, la cual, sin quitar absolutamente al hombre sus facultades, mira como un efecto de la gracia todo quanto hace de bueno en el órden de la salvacion, hasta el buen uso de su libre albedrío. Lutero, el orador mas vehemente de su siglo, manifestaba sus nuevos pensamientos bajo el aspecto mas original y sorprendente, los revestia de sentencias y de figuras encantadoras y de todos los adornos de su lengua nativa, y se atraía los aplausos de todo el mundo. Así pues Melanchton, sencillo y crédulo, como la mayor parte de los buenos ingenios, se sintió como arrebatado por un hechizo invencible. Lutero le pareció superior á todos los hombres, un varon suscitado de Dios, un verdadero profeta. Hasta entonces habia tenido el heresiarca una vida arreglada, y conservaba el lenguaje de la devocion, que daba á entender haber cultivado con bastante buena fé en el claustro. Sus afectos de envidia y de soberbia, su audacia y su obstinacion indómita, se ocultaban todavía bajo la máscara del celo. Si proponia dogmas asombrosos, se sometia al Papa, y reclamó el concilio, que, ya siglos habia, reclamaba toda la cristiandad.

Para conocer, en fin, todo el peligro en que cayeron tantos literatos despues de Melanchton, y para precavernos contra esta especie de tentaciones que se renuevan en todos los siglos, traigamos á la memoria los principios de las últimas doctrinas proscritas por la Iglesia. ¿No se cubrian como el luteranismo y la impiedad naciente de los sacramentarios, con el velo especioso de la regularidad, de la justicia cristiana, de la caridad pura, del restablecimiento de la moral y de las máximas primitivas, del gusto de las letras, y de la elegancia de la dicción? ¿Pero qué trabajos, qué solitudes y circunspeccion, qué perseverancia ha sido necesaria, sin embargo, para disipar, ó á lo menos para desacreditar la preocupacion inaudita de que se puede tener la fe sin la sumision á las decisiones unánimes de este cuerpo apostólico, cuya autoridad debe perpetuarse sin interrupcion hasta el fin de los siglos?

Melanchton, á la verdad, experimentó agitaciones continuas y remordimientos crueles, al ver los excesos á que Lutero se precipitaba, y como él decia, la cólera de este implacable Aquiles, las fogosidades horribles de este nuevo Mario (1). Veía á todos los fieles sublevarse contra este extraño reformador, sin exceptuar aquellos que pretendian como él rectificar la Iglesia. Veía aniquilarse el ministerio eclesiástico, sucederle la tiranía y la anarquía, que aun es mas funesta, arruinarse toda la disciplina, quedar el sacerdocio avasallado á la magistratura, hervir mil

(1) *Lib. 4. Epist. 240.*

sectas impías bajo el estandarte de la reforma, desencadenarse la discordia, preparar sus armas la rebelion, y asolar á todo el orbe cristiano los partidos y las guerras civiles. Esta sola perspectiva le rasgaba las entrañas, y en lo sucesivo se le oyó invocar la muerte á cada instante. Sus ojos no dejaron de derramar lágrimas durante el largo curso de treinta años; y el Elba con todas sus ondas, nos dice él mismo, no habria podido prestar bastante agua para llorar tantas desgracias (1). Pero su genio subyugado le arrastraba detras de Lutero; y aunque no le podia disculpar ni sufrir, era siempre su ídolo. Tanto importa en materia de fe tener el alma libre de preocupaciones, respecto de los maestros mas famosos por su saber, y aun por su virtud.

12. Lutero, en el principio de su rebelion contra la Iglesia, atrajo igualmente á sí á Andrés Bodestein, llamado Carlostadio, por el lugar de su nacimiento en Franconia, canónigo, arcediano, profesor de teología en Witemberg, y dean de esta universidad, donde habia dado la borla de doctor á Lutero. Era tal su ignorancia ó estravagancia, que llegaba á ser falta de sentido comun (2). No es menester otra prueba que el modo con que esplica las palabras de la consagracion, y cuyos absurdos manifestaremos oportunamente mas adelante. Por último, era insolente y grosero, de una cólera brutal, artificioso sin embargo, inquieto y enredador, sin piedad, sin humanidad, y mas judío que cristiano, segun Melanchton,

(1) *Lib. 2. Ep. 20.* (2) *Zuinglio. Epist. ad Math. Alber.*

que fue naturalmente moderado. Contrajo amistad con Lutero desde que le oyó predicar contra las indulgencias.

13. En el mismo tiempo y con la propia ocasion de la publicacion de indulgencias, Ulrico ó Ulderico Zuinglio, echó en la Suiza, su patria, los fundamentos de la secta de los sacramentarios. Este jóven disipado y audáz, que despues de haber servido algun tiempo en la carrera de las armas, habia abrazado el estado eclesiástico, no tardó mucho en arrepentirse de una obligacion que le estrechaba al celibato, al cual no podia acomodarse, como lo dice ingenuamente en sus obras; y así luego que oyó hablar de la libertad evangélica predicada por Lutero, abrazó de todo su corazon esta doctrina cómoda, pero sin declararse abiertamente. Aguardó á dar este paso en Zurich, cuando una especie de elocuencia que habia recibido de la naturaleza, y que consistia en enunciarse con facilidad y limpieza, le hizo llamar de un curato de aldea, al curato principal de aquella ciudad. Entonces esparció públicamente los nuevos errores, y aconsejó la lectura de los escritos de Lutero. Vino á ser en adelante uno de sus mayores adversarios, porque tomó una ruta del todo contraria á la de este heresiarca, con el fin de salir de su clase subalterna, y hacer el papel de cabeza de partido. No solo aniquiló el dogma de la presencia real, y todo cuanto Lutero habia conservado del culto cristiano, sino que por defender el libre albedrío, vino á caer en el pelagianismo, y colocó en el cielo, al lado de Jesucristo